

Surgimiento de la juventud en la historia occidental reciente: Ser joven es más que una condición biológico - etárea

¿Ha existido siempre la juventud en la humanidad? ¿Tiene algún momento histórico de inicio? ¿Es posible pensar la juventud sólo como un asunto biológico - etéreo?

Cualquier investigador debe plantearse estas preguntas al embarcarse en el nada fácil y sí muy complejo mundo de los jóvenes contemporáneos, con el objeto de erigir de entrada una plataforma de comprensión de lo que ha sido el proceso de constitución de la juventud en la historia reciente en Occidente. Esperamos entonces en este apartado exponer algunas consideraciones y dejar algunas inquietudes al respecto, teniendo en cuenta que el marco de referencia que hemos asumido es la psicología cultural basada en el paradigma del construccionismo social.

Es muy común que la juventud, en los manuales de psicología y pediatría, sea entendida como una etapa cronológica específica en la vida del individuo en la que, por medio de cambios hormonales y fisiológicos, se gestan transformaciones corporales y de personalidad que llevarán, si el camino es el indicado, a una "verdadera" adultez.

Desde esta concepción clásica sobre el desarrollo se puede decir que la juventud es más un asunto de sustrato biológico que cultural, perspectiva que de entrada cuestionaremos con los siguientes argumentos:

1. Al plantear la juventud como una etapa, se sugiere de entrada un ordenamiento lógico, lineal y creciente. Por el contrario, y desde nuestra perspectiva, Norbert Elias (1987) nos ha mostrado con celeridad en su texto *La Sociedad de los Individuos*, cómo el desarrollo puede entenderse



Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

en términos no necesariamente crecientes y acumulativos, sino cíclicos, discontinuos y singularizantes.

2. El concepto de etapa implica a su vez que la juventud es una categoría epistémico pura y excluyente. No obstante la juventud, según la cultura y el momento histórico de la humanidad, tiene concepciones y prácticas muy divergentes, por lo cual la idea de concebirla como una categoría pura se desvanece con relativa facilidad.
3. Al plantearse el criterio cronológico como uno de los fundamentales y definitorios de la categoría juventud, se está a su vez planteando que es un asunto universalista, es decir, que no importa si se es afgano, chileno o húngaro, siempre y cuando cumpla el requisito etéreo para ser joven.
4. La condición universalista de esta mirada se ratifica al exponer lo hormonal como el centro de las transformaciones, precisamente porque lo biológico tiende a asumirse como un asunto generalizado para la especie.

Trascendiendo las presunciones biológicas, partiré en este texto de reconocer que si bien la biología gesta algunas transformaciones hormonales y sus consecuentes cambios corporales, la juventud no puede limitarse a una condición de pubertad. La pubertad es precisamente el resultado de una serie de cambios que suelen ocurrir en cierto corte cronológico al interior del proceso de desarrollo y maduración biológica de la especie. Ahora bien, estos cambios son leídos, interpretados y asumidos de manera muy particular conforme a los psiquismos de cada una de las culturas, por lo cual si bien la pubertad es un asunto de especie y por lo tanto universal, no puede decirse que las significaciones y prácticas que se realizan antes, durante y después de la pubertad son equivalentes en todos los contextos.

Margulis y Urresti (1995) proponen que “ser joven, por lo tanto, no depende sólo de la edad como característica biológica, como condición del cuerpo. Tampoco depende solamente del sector social al que se pertenece, con la consiguiente posibilidad de acceder de manera diferencial a una moratoria, a una condición de privilegio. Hay que considerar también el hecho generacional: la circunstancia cultural que emana de ser socializado con códigos diferentes, de incorporar nuevos modos de percibir y de apreciar, de ser competente en nuevos hábitos y destrezas, elementos que distancian a los recién llegados del mundo de las generaciones más antiguas. Ser integrante de una generación distinta –por ejemplo una generación más joven– significa diferencias en el plano de la memoria... cada generación se presenta nueva al campo de lo vivido, poseedora de sus propios impulsos, de su energía, de su voluntad de orientar sus fuerzas y de no reiterar los fracasos, generalmente escéptica acerca de los mayores, cuya sensibilidad y sistemas de apreciación tiende a subestimar.”

Entender la juventud, para el presente texto, implica reconocer que se trata de una categoría cultural construida por la misma sociedad de acuerdo con sus propias necesidades y anhelos de una época específica. Así, es importante reconocer que la juventud es una invención de la sociedad moderna del siglo XVII, en momentos en que era urgente contar con una mano de obra más barata y calificada que la que hasta ese entonces proporcionaban los adultos y adultos mayores.

Al respecto, se puede decir que “todos estos cambios que se generaban en la sociedad dieron paso a la construcción de una nueva categoría social: la juventud. Ahora los jóvenes eran los llamados a responder por la gran demanda de mano de obra de las pequeñas fábricas de producción, precisamente por su vitalidad, sus bajos costos de contratación y su docilidad para ciertos oficios que implicaban largas jornadas de trabajo diario. Adicional a esto, eran los jóvenes los más indicados a suplir una gran faltante en los trabajadores de su momento y era la formación especializada, frente a lo cual la escuela y la posterior universidad se constituyeron como las instituciones que garantizarían el sostenimiento del incipiente sistema capitalista al proporcionar la preparación necesaria a los futuros trabajadores” (Patiño, 2006).

Para los siglos XVII y XVIII, el contar con una nueva forma de sujeto, los jóvenes, permitía garantizar la economía de los pueblos, que hasta entonces había sido planteada de forma muy artesanal, lo cual cambia radicalmente con la masiva invención de artefactos que desafiaron las lentas formas de producción tradicionales de la época.

“Esta necesidad de mano de obra mejor calificada se fundaba a partir de la rápida industrialización surgida tras los avances de la revolución científica que cuestionaban de for-

ma radical las formas de producción artesanales, y cuyas consecuencias planteaban una nueva manera de entender lo productivo a partir de la siguiente premisa: se puede hacer más rápido, en mayor cantidad y a menor costo (Cherns, A., 1982). La revolución industrial del Siglo XVIII, iniciada en Inglaterra y Francia, comenzó a exigir otro tipo de trabajador, ya no sólo con saberes aprendidos en los microcontextos familiares, sino con saberes acerca de máquinas que eran producidas por los avances científicos de la época, lo cual a su vez permitió el crecimiento vertiginoso de la educación con un sentido más formal para responder a la sociedad productiva.” (Patiño, 2006).

Sven Morch (1996) sugiere adicionalmente que la pubertad es un proceso biológico que ha existido desde los orígenes de la humanidad; no obstante, la juventud es una categoría social muy reciente en la historia del hombre, nacida en la edificación de un capitalismo que, tras la demanda industrial, reclamó la participación en los procesos de producción de nuevas generaciones, momento histórico en el que se reconoce al joven como sujeto diferenciado del niño y el adulto.

Aries (1987), por su parte, planteó que la sociedad moderna, al crear la categoría social de juventud, igualmente debía hacerse cargo de la creación de instituciones que permitieran tal desarrollo, para lo cual se reconfiguró la familia y la escuela. La familia burguesa de la sociedad moderna fue la encargada de asegurar a los nuevos jóvenes las condiciones básicas necesarias en materia de tiempo y costo para su inserción en la escolaridad, con el fin de ser sujetos competentes ante los nuevos desafíos en conocimientos tecnológicos de la industria. La escuela, por su parte, gestó espacios de formación en competencias

de lectura, escritura y matemáticas, todas necesarias para los nuevos oficios del trabajador, hasta ese entonces analfabeta, de la Europa del siglo XVIII.

En los siglos posteriores de la sociedad moderna, los jóvenes continuaron ocupando un lugar protagónico en la producción industrial, lo cual se fue con el paso de los años ampliando y extendiendo a otras clases sociales. Margulis y Urresti (1995) comentan cómo “a partir de mediados del siglo XIX y en el siglo XX, ciertos sectores sociales logran ofrecer a sus jóvenes la posibilidad de postergar exigencias –sobre todo las que provienen de la propia familia y del trabajo–, tiempo legítimo para dedicarse al estudio y la capacitación, postergando el matrimonio, permitiéndoles así gozar de un cierto período durante el cual la sociedad brinda una especial tolerancia. Este planteamiento supera otros que usan, con menos precisión, la palabra “juventud” como mera categoría etaria que posee, sin distinciones, características uniformes. Así, hemos señalado en otro momento que la condición histórico-cultural de juventud no se ofrece de igual forma para todos los integrantes de la categoría estadística joven”.

Retomando a Feixa (1998), podríamos establecer cinco factores sociológicos contribuyentes para la aparición de la juventud y las posteriores culturas juveniles en la sociedad moderna:

- Procesos de modernización introducidos por el capitalismo.
- Emergencia de un estado de bienestar que genera condiciones para acceder a más recursos.
- Crisis de la autoridad patriarcal e institucional.
- El nacimiento del teenage market (mercado para jóvenes)

- Creciente poder de los medios de comunicación masiva.

Evidentemente, el joven contemporáneo de la sociedad occidental es el resultado de las transformaciones sociológicas gestadas desde el siglo XVII, pasando por tres revoluciones: la científica, la francesa y la revolución industrial, surgiendo desde ese momento como un protagonista desde el capitalismo incipiente hasta el capitalismo de nuestros días.

Definición del concepto de juventud como categoría social

El concepto de juventud no es realmente un único concepto, sino múltiples derivaciones teóricas establecidas por las disciplinas sociales en aras de delimitar este importante constructo. En esta dirección, no se puede actualmente decir que existe una sola forma de juventud, sino que existen tantas como culturas y mentalidades se hayan tejido en los procesos interrelacionales que subjetivan la experiencia y producen lo humano.

Margulis y Urresti (1998) proponen que “hay distintas maneras de ser joven en el marco de la intensa heterogeneidad que se observa en el plano económico, social y cultural. No existe una única juventud: en la ciudad moderna las juventudes son múltiples y varían en relación con características de clase, el lugar donde viven y la generación a que pertenecen.”

Ahora bien, como es necesario partir de alguna concepción categorial medianamente unificada, planteo que los jóvenes son aquellos sujetos que se encuentran en un momento de vida en el que si bien no asumen un lugar de niños con sus respectivas prácticas y sentidos, tampoco asumen una respon-

sabilidad adulta, entendida esta como la posibilidad de generar una producción económica suficiente como para sostener sus propios gastos tanto básicos como consumos libres.

De entrada, la categoría juventud entonces se va a entender con relación a las siguientes características básicas, de acuerdo con la revisión teórica realizada en articulación con la caracterización de los participantes del presente estudio. Es necesario precisar que estas características definitorias del sujeto joven sólo tienen sentido y validez para la población que aquí se ha estudiado, siendo lo más probable que existen otras dimensiones definitorias que aquí no se estén considerando pero que sean importantes para jóvenes de otros contextos culturales y económicos.

1. Momentos de vida de transición entre la madurez biológica y la madurez adulta.
2. Con una moratoria social que le permite disponer de un capital temporal para hacerse cargo de sus estudios universitarios.
3. Con posibilidades de tiempo libre para realizar actividades lúdicas, artísticas y de encuentro con otros jóvenes.
4. En condiciones socioeconómicas necesarias para garantizar la inserción en el ámbito universitario.

Con respecto al cuarto punto, se puede decir, como se indicó en un apartado anterior, que la juventud de hoy en día ha venido siendo el resultado de las transformaciones globales y locales ocurridas desde el siglo XVII, en cuyos orígenes la moratoria, es decir, el aplazamiento de ciertas responsabilidades adultas –como la producción económica y la familia– era un privilegio de

las pocas familias burguesas existentes. Sin embargo, con el crecimiento económico especialmente de Norteamérica y Europa, se gestó una ampliación de la cobertura educativa en el siglo XX, lo que hizo extensiva la moratoria a clases medias y bajas que hasta ese momento no la habían tenido. (Arango, L.G., 2006).

En Colombia, especialmente a partir de 1950, se gesta una ampliación de la cobertura de escolarización de tipo universitario con los establecimientos públicos, hecho que medianamente comienza a permitir el acceso a personas “no establecidas” por el sistema social de ese momento. Arango al respecto comenta que “la realidad de una proporción importante de las y los jóvenes latinoamericanos se presenta como llena de tiempo libre, pero sin posibilidades de dedicarlo al disfrute del presente; es un tiempo marcado por la angustia del desempleo y, la mayoría de veces, por la falta de ingresos... Para ellos (los jóvenes), la prolongación de los estudios significa ante todo un aplazamiento de las incertidumbres.” (Arango, L.G., 2006).

Efectivamente, las moratorias sociales de nuestros estudiantes universitarios son muy diversas, y por tal motivo deben analizarse en cada caso particular. Sería un craso error plantear que los jóvenes actuales tienen acceso a la universidad por pertenecer a una clase económica privilegiada, debido a que una muy buena parte de ellos, dato que será digno de ser consultado en este estudio, ingresan a la universidad con créditos ofrecidos por el Icetex a unos supuestos bajos intereses propuestos por el gobierno.

La masificación de los créditos educativos ha permitido a muchos de los jóvenes colombianos cuyas familias no



Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

cuentan con los suficientes recursos para cancelar las matrículas financieras de las universidades privadas (e incluso las públicas, que cada día se acercan más a los costos de una universidad privada) el tener la posibilidad de ingresar a la educación superior una vez se ha finalizado la secundaria. Esto no quiere decir que el problema esté resuelto; muy por el contrario el crédito lo que exhorta es a suspender el enfrentamiento de la falta de capital económico de la sociedad con la promesa de que cuando los jóvenes sean profesionales podrán pagar sus compromisos adquiridos con el Icetex y garantizar una movilidad social para su familia.

Este asunto es nodal en esta investigación, debido a que si bien la cobertura educativa en materia de educación superior se multiplicó en los últimos años, no ocurrió así con la cantidad de plazas para la inserción laboral de los que van egresando en las distintas profesiones, lo que termina por ubicar a la institución universitaria como un techo temporal antes de la difícil situación de conseguir un trabajo productivo.

En esta madeja social compleja que viven los jóvenes, es preciso resolver las preguntas centrales que nos convocan: ¿qué es ser joven? ¿Cuáles son las características que dan cuenta del joven universitario? Ser joven debe diferenciarse del estereotipo y cliché del “ser juvenil”. Con el auge de lo juvenil propuesto por los medios y los consumos masivos, hoy en día es habitual que buena parte de las personas quieran sentirse o verse juveniles, así ya no sean jóvenes. Margulis y Urresti comentan cómo “la juventud es procesada como motivo estético o como fetiche publicitario, y su conversión en mito más mediático contribuye a evaporar la historia acumulada en el cuerpo y en la memoria. Esto contribuye al auge actual de prótesis y cirugías, dietas y gimnasias, orientadas hacia los signos exteriores y no hacia la juventud misma, con sus posibilidades, opciones y promesas.” (Margulis, M y Urresti, M., 1998).

Pero la juventud no sólo es un signo del esteticismo vulgar, y si la limitamos a ello se corre el riesgo de entenderla como una mercancía que se compra y se vende en el mercado de los imaginarios dominantes de la cultura. Sobre el joven también se cocinan varios prejuicios en la caldeada sociedad de los supuestos y sus consecuentes naturalizaciones discursivas: se trata de seres con tendencia a la violencia, desadaptados que hay que disciplinar a través de las instituciones sociales como la Iglesia, la familia, la escuela y la universidad. A esto se suma la culpabilización que los adultos les propinan a los jóvenes por haber acabado con los valores de la cultura, unos valores que los sujetos modernistas y del siglo pasado continúan anhelando y que pareciera no tienen un pronto retorno según los cambios globales que hemos ido dando.

A estas miradas respecto a los jóvenes, surge una contramirada a partir de dos estudios fundamentales para

Colombia y Latinoamérica (Martín-Barbero, J. 1998), los cuales marcaron una divergencia alternativa: 1) El libro *No nacimos pa' semilla* de Alonso Salazar; y 2. El libro *El despertar de la modernidad*, de Giraldo y Viviescas.

En el primero, Salazar analiza las dinámicas de los sujetos de las pandillas juveniles urbanas, desde una perspectiva cultural, trascendiendo las interpretaciones que hasta entonces se daban a los sicarios de los contextos violentos y que los tildaban de desechables de la sociedad. Por el contrario, Salazar totaliza las dinámicas de estos jóvenes, sin desconocer su propia responsabilidad de los actos delictivos, pero indagando igualmente cuáles son sus anhelos, sueños y esperanzas a pesar de ser parte de un círculo de violencia tan dominante.

En el segundo, Giraldo y Viviescas ingresan en el mundo de un grupo de personas que viven en condición de marginación y algunas de ellas inmersas en el oficio que se conoce como “sicario”, para ampliar el marco de comprensión del sentido de su actuar, el cual no se limitó solamente a plantear que eran la expresión del atraso, la pobreza o el desempleo del país, sino también el “reflejo, acaso de manera más protuberante, del hedonismo y del consumo, de la cultura de la imagen y la drogadicción”.

De igual forma y algunos años después, un estudio indispensable para pensar la juventud desde la perspectiva de la psicología cultural fue el realizado por María Cristina Tenorio con mujeres adolescentes de sectores populares de Pasto, Buenaventura, Cali y Popayán en el año 2001. En esta investigación, Tenorio muestra cómo las formas divergentes de identidades de las adolescentes entrevistadas son el resultado en constante transformación de los procesos culturales de sus contextos de crianza y vida, muy al contrario de las

posiciones hegemónicas de la psicología que plantean que la identidad es un asunto intra-personal y por fuera de la cultura. De esta manera y con una estrategia etnográfica de base, Tenorio explica las formas como las adolescentes conciben y asumen su vida sexual, relacional y amorosa, y tiene como referencia central, para una comprensión más amplia, las condiciones sociales en las que viven las participantes, por lo cual se aleja de las interpretaciones fatalistas y parcializadas de aquellos discursos que leen los embarazos y las relaciones sexuales de las jóvenes como conductas desadaptadas y a-sociales.

Este estudio permite pensar que es posible investigar a las juventudes contemporáneas desde una posición cultural, un asunto que no tiene antecedentes en la disciplina psicológica pero sí un número importante con autores que han escrito desde la márgenes disciplinares como Jesús Martín-Barbero, Marcelo Urresti, Mario Margulis, Manuel Roberto Escobar, Anthony Sampson, Mariángela Rodríguez, Rosanna Reguillo, Carles Feixa, Pierre Bourdieu y Germán Muñoz, entre otros. Con todas estas consideraciones, se hace vital exponer, de manera general, las características que definen al sujeto joven en la contemporaneidad, para proponer una plataforma epistemológica y ontológica acerca de lo que significa ser joven en los contextos universitarios actuales, pero deberá ser puesta en consideración, así como desarticulada y reconfigurada con el material empírico que se haya recogido por medio de las voces de nuestros estudiantes.

Caracterización del joven moderno Vs. el joven contemporáneo

Para entender a las juventudes actuales en los escenarios universitarios, es indispensable hacer un barrido por

la historia de la humanidad, especialmente en los períodos relativamente recientes denominados modernidad y contemporaneidad. Modernidad y contemporaneidad, más que ser períodos cronológicos con linderos claramente diferenciados y establecidos, son momentos genealógicos de la humanidad, lo cual da cuenta de las formas de ser, pensar y actuar de los sujetos, los grupos y las organizaciones. Lo genealógico se entiende aquí, desde una perspectiva foucaultiana, como una producción de lógicas dinámicas, circulantes, autónomas, sin pretensiones de verdad absoluta, queriendo decir con esto que tanto la modernidad como la contemporaneidad, leídas desde la genealogía, no pueden ser concebidas como categorías puras sino mutuamente inclusivas.

Frente a lo anterior, es usual encontrar en un mismo corte cronológico, significaciones y prácticas completamente divergentes, algunas ligadas al modernismo y otras a la contemporaneidad, lo cual está atravesado por las construcciones culturales, y específicamente por los imaginarios y valores de la comunidad a la que se pertenece. Es frecuente, por tanto, encontrar en el año 2006, en una ciudad como Cali de más de tres millones de habitantes, prácticas culturales de jóvenes universitarios de estrato socioeconómico medio ligadas a una moratoria social extendida –léase jóvenes cuyos padres asumen la totalidad de sus gastos de matrícula al igual que sus actividades de diversión– mientras que en el mismo año y la misma ciudad coexisten jóvenes cuyas condiciones familiares, económicas y culturales los exhortan a no tener tal moratoria, mas sí la asunción de una responsabilidad de tipo adulta, como la inserción laboral temprana y la paternidad.

Esta multiplicidad de subjetividades y prácticas de vida de los jóvenes en una misma ciudad y cronología, nos hace pensar que actualmente la psicología, si asume una perspectiva cultural,